





LA PRINCESA PACA



ROSA VILLACASTÍN
Y MANUEL FRANCISCO REINA

LA PRINCESA PACA

La gran pasión de Rubén Darío

PLAZA  JANÉS

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Primera edición: mayo, 2014

© 2014, Rosa Villacastín y Manuel Francisco Reina
© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-34689-7
Depósito legal: B-6.576-2014

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso en Rodesa
Villatuerta (Navarra)

L 3 4 6 8 9 7

*A Francisca, con todo mi amor,
a Carmen, mi madre, y a Ángeles, mi hermana,
por tanta felicidad como me han dado,
y a todas aquellas mujeres a las que la historia
les ha negado el lugar que les corresponde*

ROSA VILLACASTÍN



A Francisca Sánchez no se le incluye en la lista escandalosa de las favoritas de los grandes hombres, ni en el de las concubinas, ni entre los novelescos o aventureros amores bohemios o literarios, sino en una zona única donde todo presiona para que se olvide su ilegitimidad y sólo se piense con el corazón en lo que ella llenó, humilde, recta y fielmente en la vida del poeta.

CARMEN CONDE,
Acompañando a Francisca Sánchez

*Ajena al dolo y al sentir artero,
llena de la ilusión que da la fe,
lazarillo de Dios en mi sendero,
Francisca Sánchez, acompáñame...*

*En mi pensar de duelo y de martirio
casi inconsciente me pusiste miel,
multiplicaste pétalos de lirio
y refrescaste la hoja de laurel.*

*Ser cuidadosa del dolor supiste
y elevarte al amor sin comprender;
enciendes luz en las horas del triste,
pones pasión donde no puede haber.*

*Seguramente Dios te ha conducido
para regar el árbol de mi fe,
hacia la fuente de noche y de olvido,
Francisca Sánchez, acompáñame...*

RUBÉN DARÍO

Prólogo

Recordar es doloroso cuando las personas a las que más has amado, las que te han dado la vida, te han cuidado y mimado, con las que has reído, llorado y disfrutado, a las que has abrazado, besado y protegido desde el momento mismo de nacer, ya no están contigo. Y sin embargo ésta es una hermosa historia de amor, la de la princesa Paca, mi abuela materna, que sabía que algún día tendría que contar. No tenía claro cuándo ni cómo pero sí que tendría que hacerlo, porque se lo debía a mi «Lala» y a mi propia madre. Ya la han escrito, bajo su propio prisma, escritores de prestigio como Antonio Oliver Belmás y su esposa, la gran escritora y Premio Nacional de Literatura Carmen Conde, y otros que, pese a su preparación intelectual, tuvieron una visión pobre y desenfocada del papel de la mujer en general, y de mi abuela en particular, cuyo único pecado, si es que así se le puede calificar, fue amar y ser amada por un gran poeta, por el Príncipe de las Letras Castellanas, Rubén Darío.

Un hombre que a los tres años ya sabía leer y escribir pero al que le faltó el calor de un hogar que sólo encontra-

ría al lado de una bella y generosa mujer, de nombre Francisca Sánchez, con la que tuvo cuatro hijos.

Un poeta innovador, respetado, que había nacido en Nicaragua, y llegado a España en busca de aventuras literarias y aires de renovación en un momento en que el desencanto había prendido entre los intelectuales españoles, debido a la pérdida de las colonias que la Madre Patria tenía en América. Lo que supuso un duro golpe para todos aquellos que vieron en estos acontecimientos el inicio de una época, la de la generación del 98, que sólo auguraba sobresaltos y desventuras.

Francisca, como tantas otras mujeres de su tiempo, pagó caro el deseo de ser feliz, lo que no le impidió seguir luchando. Incluso cuando parecía que el mundo se hundía a sus pies, tomaba aire y volvía a la superficie de la vida, como sólo ella sabía hacerlo.

Sin embargo, y pese a las dificultades, Francisca fue una mujer con suerte, ya que tuvo la oportunidad de asistir a los más prestigiosos cenáculos literarios de Madrid, París y Barcelona, y de conocer y tratar personalmente a los grandes de la literatura española de principios del siglo pasado: Valle-Inclán, Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Emilia Pardo Bazán, Azorín, los hermanos Machado, Amado Nervo, entre otros muchos, de todos los cuales guardó cartas, notas, facturas, reliquias (que le enviaban a Darío o a ella), y que conservó durante más de cuarenta años en un baúl azul que le acompañaría de por vida.

Tras la muerte del poeta, el destino quiso varios años después poner en su camino a José Villacastín, con el que tuvo dos hijos, aunque sólo sobreviviera Carmen, mi ma-

dre. Una historia que merecería libro aparte. Tan generoso, culto y amante de la literatura fue José, mi abuelo, que invirtió toda su fortuna en recopilar y publicar la obra de Darío, que estaba dispersa por América, Francia y España. Un gesto de amor, de generosidad, que no puedo dejar de reseñar porque si bien es cierto lo mucho que sufrió Francisca con la pérdida de cinco de sus hijos, también lo es que pocas mujeres han tenido el enorme privilegio de ser amadas por dos hombres de tanta personalidad y sensibilidad como fueron Rubén Darío y José Villacastín.

ROSA VILLACASTÍN





LA HIJA DEL JARDINERO DEL REY



*Hay tanto amor en mi alma que no queda
ni el rincón más estrecho para el odio.*

AMADO NERVO

*Plural ha sido la celeste
historia de mi corazón.*

RUBÉN DARÍO



1

Paca no sabía que el amor cambiaba a las personas para siempre. Que podía convertirlas en otros seres y que, incluso, las hacía saltar por encima de sus creencias, de sus ideas, de sus propuestas vitales y de su propia voluntad. Ella era una muchacha de veinticuatro años en medio de un jardín real, donde su padre trabajaba al servicio de un rey niño y donde acabó seducida por el amor de un príncipe. Un amor por el que terminaría siendo la reina del París de la bohemia aunque tuviera también que huir de las desgracias, de la maledicencia y de la injuria... Pero todas las historias principescas tienen un principio, y ésta no era una excepción...

Francisca Sánchez del Pozo era hija natural de Celestino Sánchez y de Juana del Pozo. Gente humilde y trabajadora de los campos castellanos que se afanaban en sobrevivir en días muy difíciles. Había nacido en Navalsauz, un pueblecito de Ávila, a finales de siglo. Entre sus muchos hermanos la tarea de vivir era complicada. Su pobre madre trabajaba día y noche como una gallina clueca alrededor de sus hijos,

no daba abasto para limpiar, cocinar, zurcir, de sol a sol, y casi en las tinieblas de la noche. La ayudaban sus hijos mayores, entre ellos la propia Francisca, demasiado responsable desde antes de levantar un palmo del suelo. Celestino, el padre, se deslomaba en las tareas del campo, vigilando cultivos y bestias de haciendas ajenas, así que cuando el diputado Francisco Silvela ofreció a Celestino un trabajo mejor en Madrid éste no se lo pensó y marchó a la capital. Celestino había faenado en las fincas abulenses del aristocrático Silvela, presidente del Consejo de Ministros de la reina María Cristina, y sabiendo éste las estrecheces que pasaba aquel agricultor, agradecido por su lealtad y su pericia con el mundo vegetal, le propuso, dado que no conseguía ganar jornal suficiente en Navalsauz para sacar adelante a su populosa prole, encargarse de los jardines reales en la Casa de Campo de Madrid del rey Alfonso XIII.

España había sufrido la pérdida de sus últimas colonias de ultramar tras la guerra con Estados Unidos, y la independencia de Cuba, además de la forzosa cesión a la potencia norteamericana de Puerto Rico, Guam y Filipinas. El horizonte económico del país resultaba aún más incierto que el costoso escenario de la ruinosa guerra. Muchas vidas se perdieron, además de dinero, barcos, armas y prestigio... No sólo por la pérdida real de poder en el mundo del antaño poderoso reino español, sino por la falta de recursos que venían de aquellas últimas posesiones coloniales, tabaco, caña de azúcar y algodón. Eso se traducía en un empobrecimiento del país, siempre más acusado en los que menos tenían, paganos habituales de las desgracias, y en algo tan intangible como era ese espíritu ceniciento de la desespe-

ranza. La tristeza que produce la derrota, la desolación, es el peor lastre de los países, porque en él se entierran sus esperanzas y su futuro. Ese sentimiento de lo inevitable que arrastra como un plomo la voluntad humana hasta el fondo del océano...

Tiene el azar esas carambolas y, en momentos tan inciertos, en busca de un futuro mejor para su progenie, Celestino, Juana, la joven Francisca y todos sus muchos hermanos se trasladaron a vivir a la capital del reino. Para la familia la vida en Madrid era igual de humilde pero más cómoda. Pertrechados al menos con las mínimas infraestructuras de salubridad pública que una gran capital ofrecía. El sueldo de Celestino no era cuantioso pero daba, eso sí, para mantener mejor a su parentela. El cabeza de familia fue destinado a la Casa de Campo, espacio de solaz que pertenecía a los aledaños del palacio Real de Oriente para usos privados de la familia del rey infante Alfonso XIII. El heredero había nacido póstumo de su padre, el rey Alfonso XII, con lo que la reina María Cristina se erigió como regente hasta que su hijo fuese mayor de edad apoyándose en Cánovas y Sagasta, o en el propio Silvela, benefactor de la familia Sánchez del Pozo.

Nadie podía pasar por la Casa de Campo sin el permiso de mayordomía que otorgaba el mayordomo real del rey o de la reina regente María Cristina a los parientes o a los nobles o políticos más cercanos a la corona. Salvo este reducido grupo que solía usar sus muchas hectáreas para la caza, sólo penetraban en aquellos recintos boscosos o ajardinados trabajadores como Celestino y sus parientes. Paca poseía esta licencia para pasar a llevar algún recado o la co-

mida de la hora de descanso que se les concedía para el almuerzo. Entre otras cosas porque vivía dentro, en una casita humilde, un barracón acondicionado con esfuerzo por su madre y ella, como otras familias más de labriegos y guardeses. Tenían permiso los trabajadores de la Casa de Campo y los familiares de éstos para vivir dentro del enorme recinto que se extendía más allá de la ribera del río Manzanares e, incluso, para vender pequeñas cantidades de leña, flores, frutos o miel. También les estaba permitido guardar o usar parte de las explotaciones de leche o mantequilla que se hacía con las bestias que allí se criaban para uso del palacio. Ella misma había vendido ramilletes de flores, pequeños tarros de miel casera o cuajadas en las veladas y verbenas de la ciudad con el fin de sacar algunos céntimos con los que ayudar en la economía doméstica.

Paca era la hija mayor del matrimonio, y por lo tanto la encargada de llevar a su padre la cesta con la comida que preparaba amorosamente su mujer, con un buen trozo de pan y un pellejo de vino. Mientras su padre daba buena cuenta de las viandas con el resto de los jardineros y trabajadores de aquel imponente lugar, ella paseaba, con discreción, por aquellos reales sitios llenos de pequeños rincones encantadores, de fuentes, casetones y pabellones de caza. En alguna ocasión se había cruzado con el rey Alfonso y su comitiva, con los primos y parientes del rey, o bien con los ministros del reino, que con la costumbre de despachar con la reina regente y de usar sus privilegios cazaban o se solazaban por allí. Algunos usaban el lugar para encuentros furtivos con sus queridas, palabras cuyo completo significado no entendía del todo Francisca pues, aunque ya hacía

varios años que era mujer, su despreocupación por los misterios del deseo y la necesidad de trabajar la mantenían bastante alejada de aquella ciencia amatoria. Se les exigía a los trabajadores y familiares de éstos discreción, así que, cuando Paca se cruzaba con la comitiva del rey o la reina, o con algún alto cargo, ella se retiraba. Ya se conocía bien los lugares que solían frecuentar, cercanos a los jardines más domesticados por los parterres, casetones, quioscos de música y pabellones de recreo. Con no acercarse demasiado a los anexos colindantes al palacio, los del Campo del Moro, se mantenían bien las distancias con los parientes reales. En sus paseos se le llenaban los ojos de la luz de aquellos espacios, del color de las hojas según las estaciones, o de los distintos tipos de flores: lirios, madreselvas, pasionarias, jazmines, pensamientos... La mitad de las veces le daban las horas muertas, y ni había almorzado, relajándose por aquellos caminos y engañando el hambre de la hora con un puñado de pasas dulces que le regalaba el protector familiar, Francisco Silvela. Las enviaba de los viñedos malacitanos su mujer, Amalia Loring y Heredia, malagueña. A Paca le encantaban aquellas pequeñas pasas, caprichos sencillos que le ayudaban a endulzar, aún más, los paseos por los jardines, llenos de árboles y flores traídos de todas partes del antiguo reino español. Soñaba cómo sería vivir en aquellos lugares que apenas era capaz de imaginar envueltos en la leyenda del imperio perdido...

Una vez, en la Puerta del Sol, uno de los mentideros más importantes de la Villa y Corte, algo le pasó a Francisca que años más tarde recordaría. Iba de vuelta hacia la entrada de la Casa de Campo por la entrada de lo que llama-

ban el Campo del Moro. Allí se cruzó con una gitana vieja, cansada por la edad y la mala vida, que mendigaba, entre sollozos, y acusaba el hambre. Paca la vio tan verdaderamente desvalida que no pudo pasar de largo y le regaló el poquito de miel que le había sobrado de la venta de aquel día, y le acercó una pequeña jícara de agua con la que la anciana sació su sed. Pobre como ella, pero más afortunada y con más valimientos familiares, Paca se enterneció con las personas mayores que estaban solas.

Tanto agradeció la mujer aquel gesto, acostumbrada al desprecio de los caminantes, que le dijo:

—¡Ay, niña, qué buena eres! Todo el día llevo sin probar ni una gotita de agua ni alimento y nadie se apiada de mí. ¡Qué mala es la edad, hija! ¡Qué pena llegar a vieja y verse tan sola! —se lamentaba besándole las manos temblorosas.

—Ya lo siento, mujer —le respondía tímida Francisca.

—Verás, te voy a leer la buena ventura, que yo siempre he tenido esa gracia. —Volteó la mano de la joven, acercándola mucho a sus ojos como si no viera bien o como si escrutara en ella.

—¡No, de verdad, no se moleste! —le dijo ella tratando de soltarse de su mano, acostumbrada a oír toda clase de historias sobre las leedoras del destino gitanas, y cómo trataban de infundir miedo con malas intenciones...

—Chiquilla, si no es una molestia, además, qué menos puedo hacer como pago del gesto que has tenido conmigo. —No dejó que Francisca se zafase de sus manos ni de su mirada. Tampoco de sus palabras cuando le dijo—: A no tardar mucho otra mano, pero esta vez de un hombre, tomará la tuya y no querrás que la suelte.

—¡Cómo va a ser eso! —exclamó Paca sonrojándose.

Nada parecido estaba en sus pensamientos, aunque las hijas de las familias de los otros trabajadores del palacio bromeaban con ella sobre amoríos y casorios.

—Lo que te digo, y será la mano de un hombre importante: de un príncipe —aseguró.

—¿Cómo va a ser eso, mujer? —repitió Francisca y se sonrió recordando todas las patrañas que se achacaban a las hechiceras gitanas y a sus vaticinios de bodas con toreros, marqueses, o príncipes.

—¡No te tomes a broma lo que te dice Fuensanta! —le espetó muy seria aquella anciana con su propio nombre—. Tú ya conoces gente de abolengos y reales, y vives cerca de ellos, pero el hombre que conocerás no pertenece a esa misma alcurnia...

—Discúlpeme, señora, no la tomaba a chanza —le contestó entre cohibida y sorprendida Paca, pues, de alguna manera, había acertado en eso, viviendo como vivía tan cerca del palacio y cruzándose con aristócratas incluso con miembros de la familia real, muy a menudo...

—Mediada la primavera conocerás a tu príncipe, muchacha. —Y su voz ahora parecía surgir de la profundidad de la noche primera del mundo aunque saliese por los labios de aquella mujer frágil—. Sentirás el deseo y el amor que aún no conoces, y será el más importante. Él cambiará tu vida, y tu destino, y hasta quien eres. Lo llevarás contigo siempre y te acompañará hasta el final de tus días, incluso cuando no esté entre nosotros. Incluso cuando compartas con otro amor tus días, él se hará presente.

Y así, sin más se fue, Francisca olvidó aquello...

Juana, la madre de Francisca, le decía que era una soñadora pero que a la vez tenía los pies muy en la tierra, como los rosales. Juana aseguraba que su hija, que nació en los primeros días de junio, era una flor de esa frontera última de la primavera y el verano. Como uno de esos rosales que creen algunos frágiles y, sin embargo, son parientes de las zarzas y aguantan tanto los extremos invernales como los rigores del estío, dando sus bienolientes flores en el corazón de la primavera.

—¡Ay, hija mía! —le repetía siempre su madre con pena y alegría a la vez—. ¡Qué hermosa y qué fuerte eres! ¡Tu cabeza está en las nubes, pero tus pies están muy enraizados en la tierra!

—¡Qué cosas dice, madre! —le decía risueña Francisca.

Juana tenía la pena de no haber podido darles más a sus hijos. Una mejor educación, cultura, comodidades, todo lo que, en otras clases, permitía mejor vida y más posibilidades. Con el tormentoso horizonte del país, ya era mucho sobrevivir pero, para unos padres, el cielo se queda corto para lo que ambicionan darle a sus vástagos, aunque la realidad luego imponga sus leyes. Francisca no había podido ir al colegio. No sabía leer ni escribir aunque era rápida aprendiendo y retenía las oraciones de los domingos en misa con una enorme memoria que le permitía atesorar las palabras, las canciones y las letanías. Lo raro en aquellos años era que la gente supiese leer y escribir, o que estudiaran algo, a menos que pertenecieran a las clases más acomodadas, y aún resultaba más extraño en el sexo femenino. Ni siquiera en la aristocracia o en las nuevas clases burguesas estaba bien visto que las muchachas supiesen nada más

que algo de música, literatura o historia, la mínima culturilla general que las hiciesen más atractivas para casorios ventajosos, siempre y cuando no mostrasen a sus pretendientes demasiado carácter u opiniones propias. Una prueba de esto es la polémica desatada en los medios de la época y que voceaban los vendedores de periódicos sobre una tal Emilia Pardo Bazán, que se daba ínfulas de escritora. Francisca oía en los corrillos cercanos al palacio o en las cafeterías de Madrid los comentarios desdeñosos de los caballeros hacia aquella mujer que reivindicaba su voluntad de ser tratada como los varones en el territorio de las letras. Incluso se postuló para entrar en la Real Academia de la Lengua. Los comentarios de las damas hacia ella eran casi peores...

—Pero ¿quién se creará esta señora que es? —se preguntaban las esposas de los ministros en los paseos por la Casa de Campo con sus sombrillas de seda y su aire desdeñoso ante las sirvientas como Paca, con las que se cruzaban.

—¡Menos escribir y más ocuparse de sus hijos, que los tiene abandonados hace años! —decía otra como ofendida dándose golpes de pecho con el abanico—. ¡Dónde se ha visto una mujer que escriba! ¡Que pretenda igualarse a los hombres y entrar en la Real Academia! En su casa es donde tiene que estar, calladita y sumisa...

—¡Ni que fuera Fernán Caballero! —repicaba otra.

—Querida, Fernán Caballero es el seudónimo de una señora —le corregía la primera.

—¿Cómo va a ser una señora si Fernán es nombre de señor?

—Eso es exactamente un seudónimo: una identidad fin-

gida con la que se firma un artículo, o una comedia, o una novela —le explicaba ésta muy redicha.

—¡Hija, cómo se nota que has estudiado! —le decía la esposa de uno de los secretarios tan encorsetada como necia.

—Bueno en el caso de Cecilia Böhl de Faber haremos una excepción.

—¿Ah sí, y eso? —le interrogaba la bobalicona otra vez.

—Pues porque dice el padre Coloma que era un señora tan noble que usaba en su humildad máscara de varón por no ofenderlos...

—Ah, pues si lo dice el padre Coloma que está tan cerca de Dios...

—¡Qué hombre tan sabio el señor Luis Coloma! ¡Y qué bien habla! —continuaba la conversación la primera de ellas, esposa de uno de los ministros y la que llevaba la voz cantante entre sus amigas—. Todavía se celebra en Palacio cuando se le cayó un diente al rey niño Alfonso, y él para consolarlo le escribió ese cuentecito tan gracioso... ¿cómo se llamaba? Ah, sí, «El ratoncito Pérez». Una pena que sea un hombre consagrado... lo encuentro enormemente atractivo.

Con aquellas palabras, acompañadas de leves codazos y risitas apenas disimuladas, cosa que le pareció un tanto contradictoria a la joven Francisca con el discurso de decencia cristiana, se alejaron por uno de los senderos que cruzaban el río por un puentecito de madera...

Paca no se atrevía a pronunciarse, analfabeta como era y marcada por su clase, aunque en su fuero interno aquella Emilia Pardo Bazán, escritora, por lo que ella misma no era y le estaba vedado llegar a ser, despertaba todas sus simpa-

tías. Había visto su imagen, seria y poderosa, en las fotografías de los periódicos aunque no podía leerlos. Oía los titulares y las noticias en las voces de los pregoneros, muchas veces muchachos o críos pobres que, como ella, peleaban en la gran ciudad por salir adelante vendiendo sus periódicos. En estas cosas se ensimismaba Francisca, ajena a que el destino le guardaba una gran sorpresa: la capacidad de atreverse a cambiar su vida. A llegar a ser lo que quisiera o, como la mayoría, lo que pudiera ser, pero sin arredrarse ante las pruebas impuestas. Enfrentándose al destino sin más miedo que no ser nada.

En otras ocasiones se sorprendía la joven Francisca recriminándose a sí misma sus muchos pájaros en la cabeza, con ese golpe de látigo esclavista que una educación estamental había impuesto en los más desfavorecidos durante siglos. Esa mentalidad de esclavo, de burro de noria, de bestia con apariencia humana que había hecho girar la rueda del mundo durante centurias, beneficiando a los que se atribuían derechos divinos de cuna para disfrutar del esfuerzo ajeno. A veces, sin embargo, en esa noria que se movía con el sudor y la sangre de muchos, la historia introducía un palo, o una piedra, que hacía saltar o romper el engranaje rotatorio de los privilegios. La necesidad, la injusticia, pero también el amor podían ser esa chispa incendiaria, ese algo inesperado que, de pronto, rompía las reglas del juego establecido y las cambiaba de una tacada. Parte de esa lucha por la libertad había larvado las pérdidas de las últimas colonias ultramarinas pero, aunque a veces le asustaban sus propios pensamientos, Francisca pensaba que había muchas formas de esclavitud, como la que su familia y

ella padecían, privados de la posibilidad de otra vida como la de las señoras que se dedicaban a criticar a las demás en los jardines.

Juana observaba a su hija Paca con la intuición de que estaba destinada a algo importante y sin tener más que esa corazonada la miraba crecer. Francisca cumpliría ese mes de junio veinticuatro años. Muchas chicas con su edad ya estaban casadas y tenían hijos, Juana misma había sido desposada antes de los diecinueve años. Pero no tenían prisa sus padres, y la mucha faena, el traslado a Madrid y lo mucho que Paca ayudaba a su progenitora con la crianza de los hermanos y las labores de la casa habían postergado el asunto del posible matrimonio. Pronto habría que pensar en alguien para ella. El amor era un lujo, un asunto de novelas de moda y poemas que los pobres no podían permitirse...